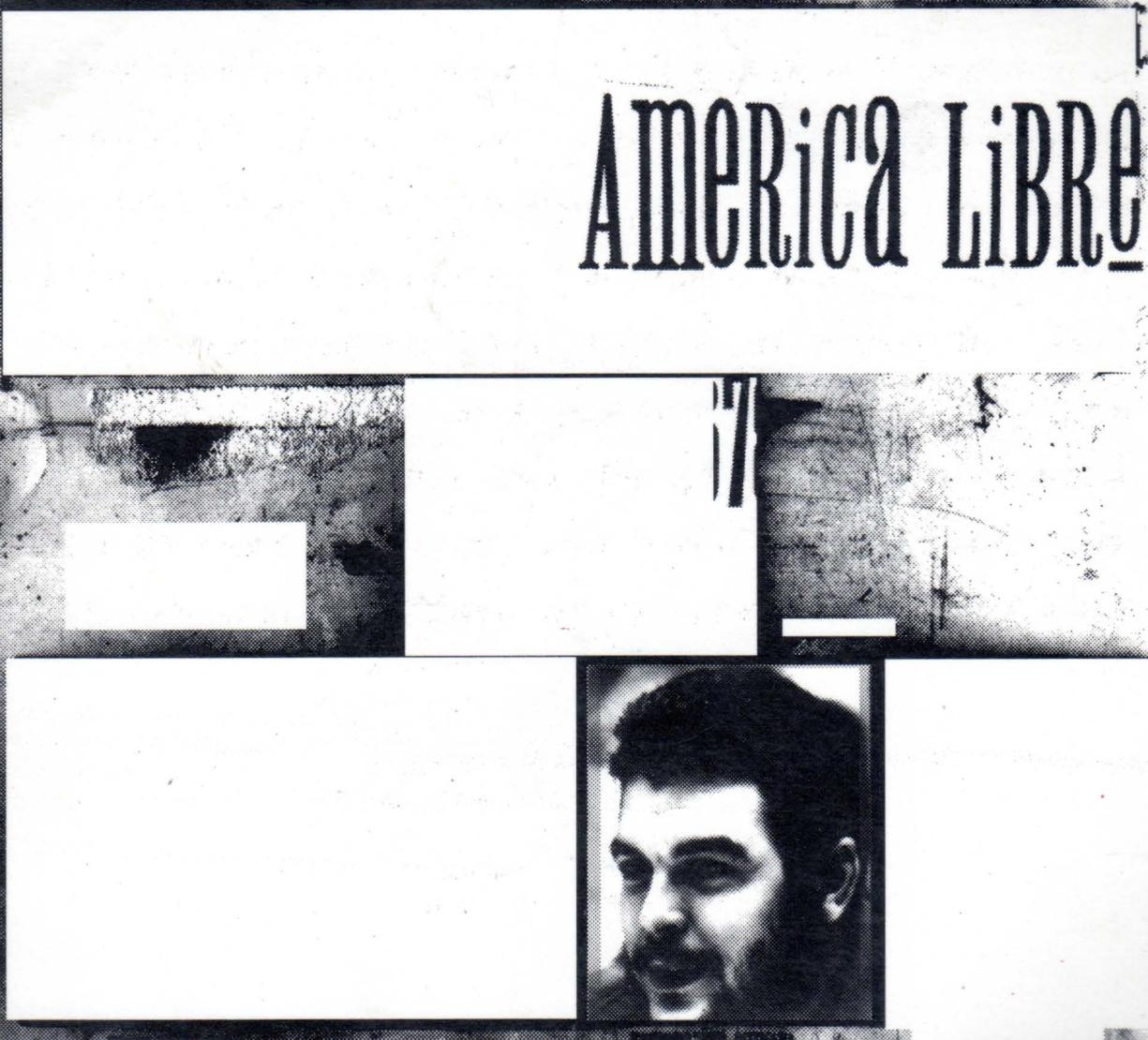


100  
19  
A

# AMERICA LIBRE

77



DIRECTOR: FREI BETTO • SECRETARIA DE REDACCION: CLAUDIA KOROL • CONSEJO DE REDACCION: ALONSO AGUILAR (MEXICO) • MARIO BENEDETTI (URUGUAY) • LEONARDO BOFF (BRASIL) • LUIS BRUNATI (ARGENTINA) • CHICO BUARQUE DE HOLLANDA (BRASIL) • MANUEL CABIESES (CHILE) • DANIEL CAMACHO (COSTA RICA) • ANTONIO CANDIDO (BRASIL) • FERNANDO CARDENAL (NICARAGUA) • GILBERTO CARVALHO (BRASIL) • NILS CASTRO (PANAMA) • JOEL CAZAL (PARAGUAY) • HUGO CORES (URUGUAY) • MIRNA CUNNINGHAM (NICARAGUA) • MIGUEL D'ESCOTO (NICARAGUA) • JAVIER DIEZ CANSECO (PERU) • ROBERTO DRUMMOND (BRASIL) • PATRICIO ECHEGARAY (ARGENTINA) • ELEUTERIO FERNANDEZ HUIDOBRO (URUGUAY) • PAULO FREIRE (BRASIL) • ADOLFO GILLY (MEXICO) • PABLO GONZALEZ CASANOVA (MEXICO) • LUIS EDUARDO GREENHALGH (BRASIL) • SCHAFICK JORGE HANDAL (EL SALVADOR) • MARTA HARNECKER (CHILE) • OSVALDO LEON (ECUADOR) • FERNANDO MARTINEZ HEREDIA (CUBA) • RIGOBERTA MENCHU TUM (GUATEMALA) • MIGUEL MONSERRAT (ARGENTINA) • FERNANDO MORAIS (BRASIL) • ERIC NEPOMUCENO (BRASIL) • CARLOS NUÑEZ (MEXICO) • OBISPO FEDERICO PAGURA (ARGENTINA) • GERARD PIERRE CHARLES (HAITI) • MANUEL PIÑEIRO LOSADA (CUBA) • ALI RODRIGUEZ (VENEZUELA) • SILVIO RODRIGUEZ (CUBA) • EMIR SADER (BRASIL) • VOLODIA TEITELBOIM (CHILE) • GUILLERMO TORRIELLO GARRIDO (GUATEMALA) • LISANDRO VIALE (ARGENTINA) • NESTOR VICENTE (ARGENTINA) • GILBERTO VIEIRA (COLOMBIA) • DAVID VIÑAS (ARGENTINA)

COLABORADORES DE LA REDACCION:  
MARIO JOSE GRABIVKER, MARA LUZ, MARCO PIVA.

DISEÑO Y DIAGRAMACION:  
ANDREA CHASKIELBERG

*Para enviar colaboraciones o cartas escribir a la Secretaría de Redacción de AMERICA LIBRE.  
Presidente Perón 1980 2° 19. Buenos Aires, Argentina (C.P. 1040) FAX y TELEFONO: (54-1) 953-2934.*

## AMERICA LIBRE/7

Nuevo Perfil de América Libre. Frei Bretto / 3

### AMERICA DEBATE

#### 1) LA IZQUIERDA Y LAS INSTITUCIONES / 6

La izquierda en las elecciones. Mesa redonda realizada por Marta Harnecker

Intervienen: Pablo Medina, Raul Pont, Enrique Rubio, Eleuterio Fernández Huidobro y Schafick Handal / 7

#### 2) CRISIS DEL NEOLIBERALISMO / 30

Crisis económica en América Latina. Armando Campos Ginesta / 31

Nicaragua: Alternativa económica al ajuste neoliberal fracasado. Diálogo con el comandante sandinista Henry Ruiz.

Realizado por Sergio Ferrari / 34

México: La solución de la crisis depende de nosotros. Fernando Carmona / 37

Chile: Las contradicciones del jaguar. Manuel Hidalgo / 42

La morbilidad del capitalismo en el ex bloque soviética. James Petras y Steve Vieux / 52

Desafíos del pensamiento revolucionario en Nuestra América. Alonso Aguilar Monteverde / 61

### AMERICA LUCHA

Chaipas: Asalto a la imaginación. Claudia Korol / 72

### AMERICA PREGUNTA

“El derecho a soñar”. Entrevista a Eduardo Galeano. Realizada por Stella Calloni / 86

### AMERICA RECUERDA

José Martí: La identidad la unidad latinoamericana. Pedro Pablo Rodríguez / 92

### AMERICA SE ENCUENTRA

V Encuentro del Foro de San Pablo. Declaración de Montevideo. “Reconstruyamos la esperanza” / 115

Perú-Ecuador. Una guerra fratricida. Informe de la misión de paz del SERPAJ en América Latina, encabezada por el Premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel / 119

# DESAFIOS DEL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO EN NUESTRA AMERICA

ALONSO AGUILAR MONTEVERDE

La misión del pensamiento revolucionario nunca es fácil. No lo es porque ese pensamiento está indisolublemente asociado al cambio, a la transformación social, a los quiebres de la historia, y éste es un proceso de largo alcance y de gran complejidad. Incluso podría decirse que cada nueva situación suele plantear múltiples desafíos; pero más que hacer una larga lista de ellos, lo que intentaré en esta reflexión es reparar en algunos de indudable importancia, pues en la medida en que los comprendamos mejor, tendremos mayor posibilidad de enfrentarnos a ellos con éxito.

## LA REALIDAD HISTORICA EN EL UMBRAL DE UN NUEVO SIGLO

Somos concientes de que el mundo de hoy no es el de antes. Hace apenas unos años creíamos que la contradicción principal de nuestra época era la existente entre el capitalismo y el socialismo y que éste, como elemento dominante de esa contradicción, demostraría su superioridad y avanzaría con rapidez hacia una nueva, más racional y menos injusta organización social.

Pero lejos de ello, el hecho posiblemente de mayor signi-

ficación a que hoy nos enfrentamos es que el capitalismo no sólo no murió o se tornó inoperante sino que se ha modernizado, fortalecido y consolidado, y como aconteció hasta el triunfo de la revolución de octubre y la creación de la Unión Soviética, incluso vuelve a ser un sistema propiamente universal, lo que trae consigo cambios en la dinámica del mundo de nuestros días.

El solo hecho de que la contradicción capitalismo-socialismo se desenvuelva, sobre todo en los últimos años, en forma muy diferente y hasta inversa de como supuestamente debía hacerlo, bastaría para alterar todo el juego de contradicciones de nuestra época y, concretamente, del capitalismo. Pero el que se produzcan además otros cambios significativos, determina la necesidad de que al examinar los problemas de hoy, si queremos hacerlo conforme a la dialéctica real del proceso, tengamos no sólo que considerarlos, sino incluso que partir de esos cambios.

## ALGUNOS CAMBIOS IMPORTANTES EN EL JUEGO DE LAS CONTRADICCIONES

1. La contradicción fundamental entre la *producción social* y la *apropiación privada* no es ya la misma; se ha redefinido

y reforzado, en parte porque el rápido avance tecnológico y la reestructuración del capital, de un lado, y del otro la caída del socialismo europeo, la desaparición de la URSS, la absorción de la RDA por la Alemania capitalista y los cambios que el socialismo sufre en China, Cuba y otros países no debilitan el carácter social de la producción y a la vez refuerzan la propiedad privada.

La creciente socialización, apoyada ahora en una base tecnológico-organizativa más moderna, hace crecer las fuerzas productivas, aumenta la productividad —más que la producción misma— e influye y es influida por unas relaciones de producción, en las que además se expresa el impacto del reforzamiento de la propiedad privada sobre todo monopolista, que al mismo tiempo que impulsa la producción y el crecimiento económico en ciertos países, áreas y procesos, los inhibe, frena y reduce en otros, lo que revela que el movimiento socialización-privatización es en sí mismo muy contradictorio y desigual. La creciente privatización, en particular, que en otros momentos fue principalmente restrictiva, en el marco de la transnacionalización del capital, de una internacionalización sin precedentes y del repliegue del Estado, ahora suele no serlo y aún tiende a suavizar la contradicción fundamental.

La mayor expansión tanto geográfica como económica del mercado, la creciente división del trabajo, el peso cada vez mayor del trabajo asalariado y las más altas tasas de acumulación del capital en que ese proceso descansa, influyen grandemente en el carácter social de la producción.

La propiedad privada no monopolista de tipo tradicional, que se movía en espacios pequeños y bien delimitados, a menudo no fáciles de ampliar, habría sido incapaz de llevar la producción a los nuevos escenarios. Incluso la propiedad monopolista anterior a la transnacionalización del capital y a la reciente privatización no habría podido hacerlo. Pero las nuevas formas de apropiación, pese a entrañar de un lado un nivel de concentración y centralización sin precedente y oponerse en principio, por su carácter privado, a una producción cada vez más social, —y aún podría decirse pública—, en la práctica, en no pocos casos, en vez de ser un obstáculo se convirtieron, acaso sobre todo debido a la profunda reestructuración del capital y del proceso productivo, en nuevos cauces a través de los cuales pudo crecer, incluso con mayor rapidez que antes la producción de ciertos bienes y

servicios.

O sea que las formas de manifestación de la contradicción fundamental del capitalismo sufren profundos cambios. Por ejemplo es obvio que ya no se expresa con la intensidad de otros tiempos como contradicción capitalismo-socialismo, y que cambia su signo debido a que el capitalismo es ahora el que más crece y se expande, lo que hace que su importancia relativa sea mayor. Y como el socialismo y la lucha revolucionaria en general no están ya en ascenso, ello contribuye a suavizar aquella contradicción. Probablemente algo similar ocurre con la relación capital público —capital privado, pues a diferencia de lo que fue común bajo el keynesianismo y el auge de los Estados del bienestar a partir de los años treinta y sobre todo en la postguerra, en que la creciente intervención del Estado y del capital estatal concitaron a menudo una también creciente hostilidad de los grandes empresarios privados, ahora parecería que esa contradicción se ha suavizado, pues a la inversa, el Estado ha cedido a los particulares —esto es en gran medida al capital monopolista privado— en condiciones a menudo muy ventajosas para los compradores, campos que antes controlaba, o en los que ejercía gran influencia, y directa e indirectamente ha reforzado el régimen de propiedad privada.

Lo anterior, que en principio parecería contribuir a profundizar la contradicción, como antes dijimos no necesariamente es así, tanto porque la nueva propiedad privada transnacional tiene mayores posibilidades de acción que las formas monopolistas previas, como porque, en no pocos casos la propiedad estatal no era ya un vehículo adecuado para estimular la producción. A este respecto sería un error y una simplificación inadmisibles, suponer que la relación producción social-propiedad estatal no es contradictoria. Incluso cuando la inversión del Estado es creciente, tiene un alto efecto multiplicador del ingreso y la propiedad estatal contribuye a promover actividades que los empresarios privados no están dispuestos a realizar, subsiste la contradicción Estado-sociedad y la propiedad estatal se desenvuelve dentro de un régimen de propiedad privada. Y cuando bajo el impacto de una larga crisis como la actual, las condiciones en que opera el Estado y las empresas estatales se vuelven más difíciles porque decae la inversión, faltan recursos financieros, hay evidentes rezagos tecnológicos, se trabaja frecuentemente con pérdidas, se carece de personal calificado y desde

el punto de vista de la competencia se está en condiciones muy desfavorables respecto a la empresa privada, la contradicción producción social-propiedad estatal se acentúa, y la privatización se vuelve a menudo incluso una forma de mitigar esa contradicción. Y más se acentúa cuando, aparte de sufrir limitaciones y desajustes económico-financieros, el Estado y el gobierno son autoritarios, carecen de una base genuinamente democrática y entran a menudo en conflicto con la sociedad y sus más legítimas demandas.

Otras formas de manifestación de la contradicción fundamental se expresan de diferentes maneras. Por ejemplo, la contradicción producción-consumo, a mi juicio se agrava y tiende a la sobreproducción no obstante que debido a presiones recesivas la producción crece lentamente, en tanto que al consumo se le alienta de manera artificial a través del consumismo.

Probablemente algo similar –aunque con sus propias modalidades– ocurre con la revolución científico-técnica. El avance desigual que ésta entraña hace crecer con rapidez la capacidad productiva, lo que no significa que la producción se incremente al mismo ritmo y, menos todavía que lo haga el ingreso. Si la introducción de una nueva tecnología no representa beneficios y utilidades para el empresario, ello bastará para que no se la utilice. Y aún utilizándose parcialmente, en la práctica ésto supone a menudo que se agraven contradicciones como la existente entre el avance tecnológico y el nivel de empleo, el que incluso en general decrece donde la modernización es más rápida; entre la creciente demanda y la escasez de mano de obra calificada capaz de manejar la nueva tecnología; entre una mayor capacidad de producción y un bajo coeficiente de utilización de esa capacidad, entre la posibilidad de usar tales avances con fines productivos y pacíficos, o sea de desarrollo económico-social, y su utilización principalmente para fines militares, e incluso entre el cada vez mayor desperdicio de ciertos bienes y la escasez crónica de otros, aún esenciales, que fácilmente podrían producirse.

En torno al papel del avance tecnológico en el comportamiento de la contradicción fundamental, si bien la apropiación privada, en particular monopolista, entraña un grado sin precedente de concentración y centralización que en principio representa una severa limitación, el cada vez mayor poder de los más fuertes monopolios no sólo sobre el

mercado sino incluso sobre el Estado, sobre la sociedad en su conjunto y el sistema capitalista todo, abre posibilidades de aplicación de la nueva tecnología antes inexistentes o muy pequeñas, lo que también suaviza, en cierto modo, la contradicción fundamental. Pero aún así el crecimiento económico en conjunto, lejos de ser rápido, generalizado y medianamente estable, como lo fue por ejemplo después de la segunda guerra, hoy es muy inestable, lento y cada vez más desigual.

2. La contradicción *capital-trabajo* conserva su lugar central, pues el fortalecimiento del capitalismo en medio de una profunda y persistente crisis favorece sobre todo a los capitalistas más poderosos y debilita a los trabajadores –e incluso a los empresarios pequeños y medianos–, cuyas condiciones se deterioran visiblemente en comparación a las logradas años atrás, lo que también ocurre a los millones de trabajadores de países antes socialistas y ahora reincorporados a la economía capitalista. A ello contribuye la reestructuración del capital y de los procesos productivos mismos, que se internacionalizan, reorganizan y fragmentan geográficamente como nunca antes, así como la “revolución tecnológica” y el debilitamiento del movimiento sindical, el crecimiento a veces explosivo de la “economía informal” y los cambios que sufre el mercado de trabajo a escala mundial, debido tanto a la mayor movilidad del capital trasnacional como de la mano de obra, pues millones de trabajadores pierden o no consiguen empleo y emigran desde algunos países subdesarrollados hacia los más industrializados, lo que dada la debilidad y aún falta de organización entre otras cosas, deprime los salarios y eleva el desempleo y la tasa de explotación y de ganancia, sobre todo de los capitales más fuertes.

Todo ello hace que el capitalismo sea hoy, en mayor medida que antes, un capitalismo monopolista, y que la contradicción capital-trabajo y otras se desdoblen y expresen de maneras diferentes en distintos escenarios.

Por ejemplo, una forma de manifestación consiste en que, sobre todo en las grandes empresas, aumenta el capital por trabajador y el nivel de productividad del trabajo, ante el cual se rezagan los salarios reales y en particular los salarios en relación a la productividad; otra es que al concentrarse cada vez más la riqueza y el ingreso se eleva la parte del va-

lor de la producción y del ingreso global que absorben las utilidades y disminuye la que corresponde a sueldos y especialmente a salarios; otra más deja ver que una mayor inversión no significa necesariamente, mayor nivel de empleo. A diferencia de lo que aconteció en las revoluciones industriales “clásicas” y en general en la fase premonopolista, en que la creciente inversión significó rápidos y sustanciales aumentos de la producción y la ocupación, bajo la reestructuración capitalista de hoy el empleo, concretamente, no aumenta en forma sensible y aún tiende a disminuir. Todavía más, hoy no se acepta —como se hacía bajo el keynesianismo— que el desempleo exhiba un desequilibrio resultante de una insuficiente demanda efectiva, que sin embargo el Estado podía elevar, sino que según la nueva ortodoxia monetarista “... el desempleo masivo es una condición necesaria para que la economía esté en equilibrio. Y, en ausencia de suficiente desempleo, la inflación se acelerará, los mercados financieros dejarán de funcionar adecuadamente, y los más diversos problemas se multiplicarán...”<sup>1</sup>

Lo cierto es que en años recientes, aún habiendo estancamiento económico y altas tasas de desempleo, tasas que con mucho excederían a lo que Milton Friedman consideraría una “tasa natural” la inflación estuvo presente y en cierto momento, aún fue en ascenso.<sup>2</sup>

El capital monopolista que opera con tecnologías más modernas, estructuras organizativas más eficientes y altos niveles de productividad, utiliza cada vez menos trabajadores por unidad de producción y de inversión. En múltiples procesos decrece en particular el número de trabajadores que los anglosajones llaman de “cuello azul” y aumenta ligeramente, aunque en ciertos casos también se reduce, el de los de “cuello blanco”, esto es empleados, técnicos y profesionistas que proceden de las capas medias; y ello es así tanto por el avance tecnológico como por el desplazamiento que se da desde la industria hacia el comercio y sobre todo los servicios.

El que con frecuencia se mantenga estable y aún disminuya el nivel de ocupación y sobre todo el que numerosos trabajadores que pierden su empleo no puedan permanecer en la economía formal —como parte de la fuerza de trabajo or-

ganizada— y tengan que recurrir a la economía “informal”, y a menudo ya no propiamente como trabajadores asalariados sino como vendedores de las más diversas mercancías, frecuentemente con ingresos inestables y muy bajos, son hechos que modifican también sensiblemente la relación capital-trabajo.

Y como ya se dijo, la creciente movilidad tanto del capital transnacional como de la mano de obra, abre también nuevos frentes que amplían y modifican el mercado de trabajo, y cuyo rasgo característico es que ponen en contacto, de nuevas maneras, al trabajador nacional con el capital extranjero. Cuando éste se introduce en otros países, emplea mano de obra calificada en ciertos procesos y adiestra trabajadores locales —a veces especialmente mujeres jóvenes— para sus nuevas actividades. En cambio, cuando son los trabajadores quienes emigran a los países industriales —salvo tratándose de la llamada “fuga de cerebros”—, se ofrecen en múltiples actividades, en general poco y aún nada calificadas, rutinarias y mal retribuidas, en las que no se interesan ni los trabajadores más pobres de esos países.

Lo que quiere decir que incluso en mayor medida que en otras épocas, la relación capital-trabajo enfrenta hoy preferentemente a las grandes empresas con una cada vez más amplia gama de trabajadores de muy diverso origen y habilidades, en buena parte desocupados y subempleados. Y al nivel de las empresas más pequeñas que resisten a la crisis, esa relación es más difícil para el capital, y ni qué decir para los trabajadores.

De no haber otros factores en juego, seguramente la contradicción capital-trabajo se intensificaría y en ciertos casos aún sería explosiva. Pero lo que tiende a mitigarla es la ideología dominante, el bajo nivel de organización de los trabajadores y ciertas situaciones políticas. Los medios de difusión, con toda la enorme influencia que hoy ejercen, contribuyen sin duda a que aún los problemas económicos y sociales más graves se acepten como algo natural e inevitable y a que lo que se hace bajo el capitalismo se considere no sólo lo mejor, sino a menudo lo único posible.

El bajo nivel de organización de los trabajadores incluso en actividades importantes, y de hecho la inexistente organización en la economía “informal”, aunque en general no impiden que se exprese en múltiples formas el descontento y aún el interés en que las cosas cambien, mantienen sin

1. Review of the Month. Unemployment: Capitalism's Achilles Heel. Monthly Review. Vol. 46 N° 7. Diciembre de 1994. p. 3

2. Ibid.

embargo dispersa a una gran masa y limitan seriamente su capacidad de acción y de respuesta oportuna y eficaz. Y desde la política, de una u otra forma se busca que ese descontento no se convierta en acción y que los trabajadores, lejos de dudar del sistema, del Estado y de las estructuras de poder existentes, acepten que sus intereses, por ser de la mayoría, son los que más interesan a la clase dominante. Y unos y otros medios tienen éxito en su empeño de confundir, dispersar e inmovilizar a los trabajadores.

3. Los cambios anteriores influyen grandemente también en la lucha de clases y en particular en la contradicción *burguesía-proletariado*. El peso de la gran burguesía y en particular de lo que podría considerarse la oligarquía, esto es las fracciones dominantes de aquella, aumenta considerablemente. En cambio decrece la importancia relativa y en conjunto se debilitan los segmentos burgueses medios y bajos. En cuanto al proletariado, disminuye el peso de la clase obrera y desde luego del campesinado, y cobran creciente importancia los empleados de diverso tipo, principalmente en el comercio y los servicios.

Por todo ello, lo que en otros tiempos fue el centro de la lucha de clases, es decir la confrontación entre la burguesía industrial y los obreros, ahora sigue presente pero ya no como el eje, sino como un elemento que se reinserta en una estructura social más amplia, compleja y cambiante; y aunque ése no es el único factor, en parte a él obedece que, sin dejar de estar presente cierto contenido de clase, en numerosos conflictos y luchas e incluso en no pocas de las fundamentales, los nuevos reagrupamientos desbordan a una u otra clase e incorporan fuerzas de muy diverso origen, ocupación y condición social. Así ocurre hoy en América Latina, por ejemplo tratándose de la necesidad de impulsar y reorientar el desarrollo, promover la integración regional y mejorar los niveles de vida, enriquecer la democracia y preservar la soberanía nacional. Pero aunque a veces no se aprecie a primera vista y fácilmente, el carácter de clase subyace también a menudo en múltiples luchas. El contraste cada vez más dramático entre ricos y pobres es una expresión de ello, y aún demandas populares muy concretas y a la vez bien modestas que no se dan como enfrentamiento abierto a la clase dominante, suelen también tener ese carácter.

4. *Entre los países industrializados* no hay actualmente las rivalidades de otros tiempos, que incluso llevaron a la guerra y a la destrucción masiva de riquezas materiales y de vidas humanas. No obstante, la competencia tecnológica, comercial y financiera entre tales países es más severa y no sólo se da entre los principales bloques regionales sino incluso en el seno de cada uno de ellos. Estados Unidos sigue teniendo la economía más poderosa y la que ejerce mayor influencia, y militar e ideológicamente es, sin duda, la mayor potencia. Japón y Alemania —derrotados en la segunda guerra mundial— son los dos países que más han crecido y más se han fortalecido en los últimos decenios, y económica, financiera y tecnológicamente han dejado atrás a otros antes de primera línea como Inglaterra y Francia. El grupo de los siete, que reúne a los principales países industriales, es un nuevo mecanismo que ejerce gran influencia en la comunidad internacional. Pero junto a acuerdos en campos y cuestiones importantes, hay también desacuerdos que hacen ver que el equilibrio logrado hasta hoy entre las grandes potencias es precario e inestable. Aún entre tales países el desarrollo sigue siendo muy desigual, y ello sólo expresa y acentúa contradicciones reales que si bien usualmente se resuelven por vías comerciales, en cualquier momento pueden desbordar los marcos institucionales establecidos o al menos provocar fuertes tensiones. Y entretanto, la cada vez mayor interdependencia no excluirá, desde luego, la dominación de los países más poderosos y la dependencia de los más débiles, como en realidad sucede en los tres grandes bloques regionales, en que el peso de potencias como Estados Unidos, Alemania, y Japón, supera con mucho el de países como México en el TLC, Portugal en la CEE, o Malasia en la Cuenca del Pacífico.

5. La contradicción entre *los países industriales y los subdesarrollados* adquiere mayor intensidad, sobre todo a partir del momento en que, en condiciones profundamente asimétricas e inequitativas los países más fuertes imponen el llamado “modelo” neoliberal y obligan a los más débiles a adoptar una política monetarista conservadora y restrictiva, y a abrir sus puertas a las mercancías, dinero y capitales de fuera, así generen estos mayor inestabilidad y graves desequilibrios. En los países subdesarrollados ahora más sometidos al capital, el comercio, la tecnología, la demanda de ma-

no de obra, la banca y los mercados financieros internacionales, se ahonda objetivamente la contradicción capital-trabajo, en particular capital (transnacional)-trabajo (nacional), y en un sentido más amplio *nación-imperialismo*, la que se agrava no sólo por la mayor fuerza de éste sino porque las grandes potencias actúan conforme a sus intereses, que en general no corresponden a los de las naciones subdesarrolladas.

La dependencia de estas naciones es uno de los rasgos estructurales que limitan y condicionan su desarrollo. Pero, a propósito de cambios, el que aquí se ha sufrido es sin duda profundo.

Ahora no sólo se entrelazan y refuerzan las diversas formas en que esa dependencia se expresa —económico-financiera, tecnológica, cultural, ideológica, política, entre otras, sino que la subordinación adquiere en cierto modo una nueva calidad. La reestructuración del capital y en conjunto del capitalismo, en el marco de una severa crisis trae consigo una nueva y más compleja división internacional del trabajo. Esto supone nuevas formas y mecanismos de integración, así como una reinserción subordinada de las economías subdesarrolladas, que a veces entraña cambios y aun avances significativos que sin embargo no rompen sino profundizan la dependencia. Acaso donde esto se aprecia más claramente es en el hecho de que, en vez de una estrategia y política propias que pese a limitaciones, fallas y errores expresen una posición fundamentalmente nacional, ahora se renuncia de hecho a esa estrategia y la política económica en boga es de corto plazo y alcance muy limitado, y además no procede en rigor de los Estados y fuerzas nacionales sino que fundamentalmente es diseñada por los organismos financieros internacionales —FMI, Banco Mundial, BID y otros—, conforme a un patrón inspirado a su vez en una ortodoxia monetarista que en general sólo repara en aspectos secundarios ligados a la estabilidad, más que al desarrollo y a los problemas más importantes. Según los defensores de esta política, si hay “libre comercio” y “desregulación” el mercado se encargará espontáneamente de asignar los recursos como más convenga, y aunque el crecimiento es muy desigual y no pocos países no logran ninguno, entre otros nuevos rasgos de esa mayor dependencia respecto a los grandes países industriales se advierte que aumenta la importancia relativa del comercio exterior y sobre todo de las importaciones;

crece lenta y desigualmente el **mercado interno**; se vuelve más difícil crear los nuevos empleos **que demandan** quienes entran al mercado de trabajo; se **modernizan desigualmente** las instalaciones y la organización de los **grupos empresariales** más fuertes: se estrecha la relación entre el **capital nacional** y el extranjero y éste cobra mayor importancia; se depende cada vez más del financiamiento externo —sea en forma de inversión o de crédito— incluso en el mercado nacional; la inversión productiva pasa, en general, a un segundo plano; el servicio de las crecientes deudas, y en particular de la externa, resulta muy oneroso, y los cuantiosos e incontrolados movimientos de dinero y capital de un país a otro crean condiciones muy inestables, y todo ello genera frecuentes e inesperadas fugas de capital y desequilibrios comerciales y financieros que ocasionan fuertes devaluaciones monetarias y elevaciones de precios.

No obstante todo ello, la mayor dependencia y el peso de la ideología dominante contribuyen a que la contradicción *nación-imperialismo* se exprese en general débilmente, pues el nacionalismo burgués y pequeño burgués pierde impulso, y aún es sustituido por posiciones que aceptan como inevitable la lesión a la soberanía y al derecho de autodeterminación de los pueblos, y que sostienen que el “libre” comercio y la integración subordinada a las economías industriales son hoy una condición del desarrollo, ante la cual no hay alternativa. En cuanto a los trabajadores y concretamente a la clase obrera, el debilitamiento sindical, la presión del cambio tecnológico y el temor de perder el empleo, la tendencia a moverse en planos reivindicativos, el corporativismo antidemocrático y desmovilizador y la falta de organización e independencia política, abaten sus niveles de conciencia y limitan su capacidad de acción.

6. Los cambios anteriores fortalecen sin duda al capitalismo, y a la vez lo enfrentan a nuevos problemas.

La internacionalización del capital y en general de la actividad económica no es un hecho nuevo. Como se sabe está presente desde hace siglos, y desde las postrimerías del XIX adquiere cada vez mayor importancia. Pero el nivel, la dimensión y la complejidad del proceso de internacionalización entrañan cambios cualitativos que dan un nuevo rango a la “globalización” de que tanto se habla.

El que sobre todo el capital transnacional desborde con

mucho sus viejas fronteras, se reestructure y transformen los procesos productivos, las formas de organización, la tecnología, la ubicación y el papel de la fuerza de trabajo, el movimiento de mercancías, servicios y recursos financieros y los medios de información y comunicación, trae consigo profundos cambios estructurales en la economía mundial y en la división internacional del trabajo.

La internacionalización impulsa y extiende el desarrollo capitalista en donde éste era incipiente o menos desarrollado. Los “nuevos países industriales” son sólo una prueba de ello, aunque las más elocuentes se dan en las propias naciones más industrializadas. Pero la internacionalización financiera y el manejo electrónico de la información y la comunicación, alientan sobre todo la inversión de cartera improductiva —y a menudo especulativa— y acentúan la volatilidad del dinero, las crisis monetario-financieras, la dependencia y la inestabilidad del sistema. Lo que al menos en parte obedece a que el capitalismo, hasta la expansión de la segunda postguerra ligado fundamentalmente a la producción, hoy gira en torno de mercados financieros en buena parte especulativos, y en donde el capital se valoriza con rapidez —aunque también se pueden sufrir cuantiosas pérdidas en unos cuantos minutos—, sin que necesariamente se relacionen con el proceso productivo, porque más que de un capital real se trata de un capital ficticio —de un montón de papel con valores nominales a veces elevadísimos y del todo artificiales— divorciado de la economía de carne y hueso y que se mueve con gran autonomía, a través de circuitos exclusivos y con su propia dinámica.

7. La contradicción *capitalismo-socialismo* y sobre todo *imperialismo-socialismo* es acaso la que sufre un cambio más profundo, aunque en rigor no desaparece. Si bien no tiene ya la intensidad de los peores momentos de la “guerra fría”, sigue presente, ahora bajo un indudable dominio capitalista. El enfrentamiento entre los dos sistemas no es ya, desde luego tan directo y violento, ni tiene la significación de antes. Ahora el capital trata más bien de someter a los países ex socialistas a la lógica del mercado, de la competencia, la explotación de la fuerza de trabajo y la ganancia. Pero aun así no es difícil advertir la forma absoluta y tajante en la que se rechaza al socialismo como sistema, como aporte a la ciencia social y teoría revolucionaria, como concepción de

la vida y de la historia y aún como anhelo y aspiración de un cambio que haga posible la igualdad y justicia de que hoy se carece.

Quienes piensan que la contradicción capitalismo-socialismo no tiene ya razón de ser o es del todo secundaria, se desentienden de que al menos en el último siglo su esencia fue la oposición *imperialismo-revolución*; y de que mientras haya imperialismo y luchas revolucionarias, habrá una realidad histórica que alimente ese antagonismo. Actualmente, la derechización imperialista y aún capitalista —o sea del viejo sistema en conjunto—, explica no sólo la hostilidad al socialismo y el comunismo, sino a cualquier intento de cambio apoyado por fuerzas democráticas y progresistas, así sean éstas muy amplias y difieran entre sí, en aspectos importantes. La agresividad del imperio del norte hacia Guatemala, Chile, Granada, Nicaragua, El Salvador, Panamá y desde luego hacia Cuba y otros países en los últimos decenios, comprueba lo anterior. Pero desde luego ese no es el fin de la historia. El avance de numerosas luchas populares todavía desarticuladas y aún dispersas, la creciente presencia de la acción ciudadana, la importancia de algunos partidos y organizaciones políticas progresistas, el cada vez mayor descontento de amplios sectores de la población y los triunfos recientes del Frente Amplio en Montevideo, de la Causa R en Caracas y del movimiento anti-endarista en Panamá, son hechos que demuestran que, pese a todo, el avance nacionalista y popular no es imposible. Y a la vez, en varios países las fuerzas más conservadoras parecen haberse fortalecido con la política neoliberal, no sólo porque ésta los beneficia sino porque pese a perjudicar a amplios sectores de la población, incluso buena parte de ellos la apoyan y votan por sus defensores. La reelección que según los primeros cómputos gana en Perú Fujimori, y la posibilidad de que Menem triunfe también en Argentina, en mayo, son reveladores. E incluso la cuantiosa votación que en la última elección presidencial de México favoreció tanto al PRI como al PAN, puso de manifiesto que aún sin menospreciar las irregularidades y vicios del proceso electoral, muchos ciudadanos votaron contra las fuerzas progresistas y porque las cosas sigan más o menos como hasta ahora.

8. En fin, las múltiples contradicciones secundarias presentes en el proceso social también son hoy más profundas

que antes. Lo son sobre todo porque, además de lo dicho hasta aquí, en los últimos años se ahonda una crisis ya larga y que, en la medida en que agrava los principales antagonismos, vuelve también mayores —aunque desde luego no mecánicamente— las divergencias y más difícil el acuerdo en el seno de cada clase y aún segmentos y grupos sociales.

El que un desarrollo muy desigual e inestable favorezca al menos en ciertos momentos a los grupos empresariales más fuertes y en cambio perjudique y aún lleve al borde de la quiebra a numerosos agricultores y pequeños y medianos empresarios urbanos, y el que los grupos propiamente industriales entren a menudo en conflicto con el comercio y con la banca y otros intermediarios financieros, hace surgir desacuerdos y contradicciones no antagónicas, pero reales y no fáciles de resolver. El solo hecho de que la crisis y la política de apertura hagan más severa la competencia, influye también y vuelve más difíciles las cosas, sobre todo para los más débiles.

Y son muchos más los desacuerdos que se advierten en el seno de las clases dominantes. Entre otros podrían mencionarse los que se dan entre empresarios nacionales y extranjeros, entre quienes están estrechamente vinculados al Estado y el gobierno o a la empresa privada, entre viejos políticos y nuevos tecnócratas, entre quienes militan en ciertos partidos o lo hacen en otros, o incluso no pertenecen a ninguno, y en fin, entre quienes mantienen posiciones todavía básicamente nacionalistas y quienes, ganados por un internacionalismo que en realidad no comprenden, han caído en el extremo de pensar que todo lo nacional es ya anacrónico e inviable.

En las capas medias se advierten asimismo condiciones muy diversas que explican los desacuerdos. Quienes trabajan en los grupos empresariales más fuertes y tienen un empleo estable, suelen estar en mejores condiciones que antes o al menos en una situación satisfactoria, a lo que se suma a menudo una posición ideológica subordinada y apologetica, que acepta y aún difunde los valores mercantiles del capital, y en particular del extranjero, como si fueran preceptos esenciales de un código moral. Quienes, en cambio, dentro de esos propios grupos han perdido su empleo y no pueden reubicarse en buenas condiciones, se muestran descontentos y escépticos, y dudan del discurso empresarial. Y, desde luego quienes dependen de millares de empresas pequeñas y aún medianas, a las que la crisis afecta gravemente, se mueven en el marco de una contradicción capital-trabajo cada vez más

profunda y desfavorable, pues tales empresas pierden importancia relativa, operan en general con altos costos y resultados negativos, carecen de recursos y de capacidad para modernizarse, tienen un bajo nivel de organización y de eficiencia, no pueden preparar adecuadamente a su personal e incluso tienen que despedir a menudo a numerosos trabajadores, que o bien engrosan el desempleo o se incorporan de un modo u otro a la economía “informal”.

A medida que el Estado se “adelgaza”, reduce sus gastos y aún la inversión pública y vende grandes empresas a inversionistas privados, muchos empleados son despedidos y otros reacomodados en condiciones desventajosas.

Y quienes trabajan como obreros y en general en puestos de muy bajo nivel y calificación, lo hacen en condiciones muy diversas, según dependan de empresas grandes y aún de consorcios poderosos, o de negocios pequeños siempre en problemas, y según mantengan o no su empleo y cuenten o no con salarios remuneradores. Pero lo que es un hecho es que la clase obrera pierde importancia relativa. Y aunque sigue siendo fundamental en ciertos procesos productivos, en el conjunto de la economía pasa a un segundo plano, a consecuencia de la reestructuración tecnológica y de la cada vez mayor significación del comercio y los servicios.

Entre unos y otros sectores también se advierten desacuerdos y aun enfrentamientos, los que tienden a ser mayores y más significativos cuando a las dificultades propiamente económicas se añaden problemas sociales y, sobre todo, situaciones y luchas que en realidad dan cuenta de una crisis política. Y cuando, como ocurre hoy en México, ésta por sí sola es profunda, las diferencias y contradicciones se multiplican incluso en el seno de cada uno de los partidos y organizaciones políticas, sin excluir al partido oficial, en el que como alguien ha dicho los desacuerdos aún siendo secundarios se resuelven, si es preciso, con asesinatos.

Entre otras contradicciones de aquellas hoy más reveladoras de una crisis social y política podría mencionarse la existente entre lo que se dice en los círculos dominantes y lo que se hace, esto es entre las palabras y los hechos; entre el Estado —casi siempre autoritario— y la llamada sociedad civil, que reclama participar y ser tomada en cuenta; en el seno mismo de aquél e incluso del gobierno; entre los dirigentes y los miembros de base de múltiples organizaciones, entre quienes militan en ellas y los que no lo hacen en ningun-

na, entre quienes trabajan y quienes carecen de empleo, entre quienes pese a todo están organizados sindicalmente y pueden ejercer ciertos derechos y los que, en cambio, son trabajadores marginados y superexplotados, que carecen de organización, y entre quienes al menos formalmente viven en el marco de la ley y aquellos que, debido a la corrupción y la influencia de nueva actividades tan exitosas como el narcotráfico, lo hacen, en realidad, al margen de ella.

La sola crisis social es hoy tan profunda que lo dicho antes no da una clara idea de su verdadera dimensión. De hecho casi no hay ya países en los que la inseguridad, el crimen y la violencia no estén presentes y aún entrañen problemas cada vez más graves. Bastaría recordar la diversidad y gravedad de toda clase de conflictos — raciales, religiosos, de nacionalidades en el seno de múltiples Estados, regionales, ideológicos— algunos de los cuales ponen en peligro no sólo la unidad nacional sino incluso la integridad territorial de ciertas naciones. Y tales conflictos no afectan únicamente a los países subdesarrollados y más pobres. Lo hacen, de una u otra manera como hoy es fácil comprobarlo, a prácticamente todos.

#### UN NUEVO TIPO DE CRISIS

El fortalecimiento del capitalismo no es desde luego uniforme ni menos, todavía, uniformemente ascendente. Como ya vimos es un proceso profundamente desigual, y que desde los años setenta se da en el marco de una crisis profunda y persistente; una crisis que ya no sólo es cíclica ni meramente económica, sino social, cultural, ideológica y política, en la que el capital no se acumula con la rapidez y la magnitud de otras épocas; porque las fases de ascenso se debilitan y acortan, falta en un momento dado una renovación masiva del capital fijo y la parte del excedente que bajo otras condiciones se convertía en inversión productiva real, ahora se va al gasto improductivo y aun superfluo incluso de bienes y servicios que tienen un alto costo en divisas, y a una inversión financiera inestable, que en respuesta a la especulación se mueve, a menudo del todo irracionalmente no sólo de unas ciudades y regiones a otras sino de un extremo a otro de un continente y aun del mundo.

Supuestamente el “libre comercio”, la privatización y la “desregulación” son los nuevos motores del crecimiento. Mas lo cierto es que si bien los viejos mecanismos de regulación del sistema operan en forma cada vez más limitada y defectuosa, —lo que sin duda es ya una manifestación directa de la crisis—, su abandono o sustitución no resuelve el problema. Operando espontáneamente y ni qué decir bajo la influencia decisiva del capital monopolista, como ahora acontece, las fuerzas del mercado no asignan racionalmente los recursos ni aseguran un rápido crecimiento económico en ningún país y menos todavía, en el conjunto de la economía internacional.

No podría detenerme a considerar aquí lo que caracteriza la actual crisis. Pero además de lo antes señalado, cabría decir que en años recientes algunos de sus nuevos rasgos son el surgimiento o fortalecimiento de poderosos bloques económicos regionales, la cada vez más severa competencia monopolista, los fuertes desajustes comerciales, cambiarios y financieros de muchos países; el predominio de tendencias recesivas con el consiguiente mayor desempleo incluso en actividades que operan con altas tasas de ganancia, una cada vez más profunda inestabilidad, mayor irracionalidad y el hecho dramático de que aún en los países industriales pero, sobre todo en los subdesarrollados, crecen el número y la proporción de quienes viven en condiciones de “extrema pobreza”.

Y a todo ello habría que añadir que abundan los signos de violencia e inseguridad social; que acaso como nunca antes se profundiza la desigualdad y que estructuras políticas y mecanismos institucionales que hasta hace poco tiempo parecían eficaces, estables y bien arraigados, ahora funcionan en forma inadecuada, se resquebrajan, exhiben serias fallas y se muestran incapaces de resolver no sólo los más graves problemas sino incluso otros de menor monta y complejidad. El deterioro en el nivel de vida y el debilitamiento democrático de muchos países, la derechización en los últimos años en ascenso y la creciente tensión entre quienes a toda costa defienden el orden de cosas existente y quienes, por el contrario, reclaman cambios y una democracia participativa que de a la gente la posibilidad de influir en las decisiones que más la afectan, son otros signos de la profunda y compleja crisis a que hoy nos enfrentamos ■

*Alonso Aguilar Monteverde es investigador de ciencias sociales.  
Dirigió la revista mexicana Estrategia.*